

**PRECIOS**

**MADRID**

Tres meses... 9 rs.  
 Seis id. . . . . 16 »  
 Un año. . . . . 30 »

**PROVINCIAS**

Tres meses... 10 rs.  
 Seis id. . . . . 18 »  
 Un año. . . . . 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.  
 DIRECCION,  
 Plaza de Matute, núm. 2.



**PRECIOS**

**EXTRANJERO**

Tres meses... 22 rs.  
 Seis id. . . . . 38 »  
 Un año. . . . . 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.

Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

**AMÉRICA**

Seis meses... 38 rs.  
 Un año. . . . . 70 »

**FILIPINAS**

Seis meses... 60 rs.  
 Un año. . . . . 100 »

**ADMINISTRACION,**  
 Plaza de Matute, núm. 2.

**COSAS DEL DIA**

—¡Calla! ¡tú en Madrid!  
 —Sí, hombre, cumpli hace un mes.  
 —Y yo hace mes y medio.  
 —¿Dónde estabas tú?  
 —Yo en Valenciá.  
 —Yo en Ceuta.  
 —Y ahora ¿qué vas á hacer?  
 —Todavía no sé.  
 —Yo voy á ver si entro en el Banco de España.  
 —Ahora, como ya no quedamos sujetos á la vigilancia de la autoridad como ántes, puede uno más fácilmente buscar su acomodo.  
 —Mira, tú, esa es una de las cosas buenas que ha hecho la revolucion.  
 —Ya lo creo; pues qué, porque un hombre haya estado en presidio ocho ó diez años, ¿hay razon para estar siempre vigilándole?...  
 —Era una tiranía.  
 —No podía uno *trabajar* y ganarse la vida.  
 —Ahora estamos considerados como unos caballeros. La revolucion nos ha devuelto nuestros derechos y nuestra dignidad...

—Y en fin, que uno puede ingeniarse, y no le falta á uno una onza, pongo por caso, y si á mano viene, y tiene uno un buen padrino, puede pedir un empleo, y si por casualidad, por una mala voluntad, porque le *acumulan* á uno lo que uno no ha hecho, ni menos pensarlo, solicita uno el *indulto* por medio de los diputados, y malo ha de ser que uno no salga.  
 —Pues mucho me he alegrado de verte bueno.  
 —Gracias: en la calle del Sombrerete, núm. 80; vivo, por si algo te se ofrece; allí estamos ocho que salimos el mismo dia.  
 —Pues yo estoy en la posada de la Garduña, en la Cava baja, porque como entro y salgo, y estoy siempre de viaje... Ahora, con los trenes de recreo, por poco dinero va uno á todas partes, y saca uno una cosa regular.  
 —¿Con que el ayuntamiento de Madrid vuelve á pedir dinero al vecindario?  
 —Sí, señor, eso es lo que está haciendo el ayuntamiento hace tres años.  
 —De manera que viene á resultar claramente demostrado, que la situacion revolucionaria que tantos bienes prometia, necesita más dinero que ninguna otra, y que en ninguna época se le ha pedido al contribuyente más dine-

ro que ahora, y en ninguna tampoco han estado más desatendidas las obligaciones más urgentes.  
 —Sí, señor.  
 —Pues para eso no necesitábamos revolucion.  
 —Ya lo creo; pero la necesitaban los progresistas para repartirse los destinos, los demócratas para hacer papelón y los republicanos para ir propagando pacífica ó violentamente la buena nueva de la libertad, la igualdad, la fraternidad, y el petróleo, si á mano viene.  
 —¡Hombre! me indignan y sublevan las llamadas clases conservadoras, á que pertenezco.  
 —¿Por qué, don Patricio?  
 —Por su indiferencia, por su cobardia en el momento del peligro.  
 —Amigo, eso si que no lo puede V. decir, porque ya se ha visto que en el momento del gran peligro, las clases conservadoras lo arrostran impasibles.  
 —¡Hombre! ¿cuándo ha visto V. eso?...  
 —En todas las elecciones hechas desde la revolucion acá, desde que hay naufragio, digo, sufragio universal.  
 —No lo entiendo; precisamente las clases conservadoras se retraen de votar, y así sale siempre mayoría de diputados bullangueros.

vieja criada; tranquilizose entonces Chaudoreille, y exclamó sacando á medias la espada:  
 —¡Diablo! creí que érais un hombre é iba á pedir os una satisfaccion... Pero ¿qué quereis?... no tireis tan fuerte de mi capa, porque me la vais á romper.  
 La vieja puso un dedo sobre sus labios, y dijo con aire misterioso:  
 —Miseñora desea hablaros...  
 —¡Vuestra señora! exclamó Chaudoreille en cuyo rostro se retrató la más viva alegría pensando que habia hecho una conquista. ¡Oh! ya os comprendo... ¿pero es jóven? ¿es rica?... Pero eso es igual, conducidme á su presencia...  
 —No, hoy no puede recibir os, pero mañana al anochecer estad aqui; yo os vendré á buscar y os conduciré á su presencia...  
 —Perfectamente... no faltará aunque llueva fuego... ¡Ah! se me olvidaba; decidme, mensajera de amores, ¿en dónde me ha visto vuestra señora?...  
 —Creo que en la calle, porque estaba asomada á la ventana... Hasta mañana, caballero... no puedo detenerme más.  
 —¡Parte, Flora! ¡ves á buscar á Citerea! dijo Chaudoreille, mientras que se alejaba la vieja; despues continuó su camino al mismo tiempo que se decia lleno de satisfaccion:  
 —Es una aventura amorosa, no hay duda... ese misterio, esa cita al anochecer... Me habrá visto á traves de los cristales de su ventana... Que bien hago en mirar á todas partes... Los hombres guapos no pueden menos de llamar la atencion.  
 Despues de discurrir de esta manera, siguió adelante mirando á todas las ventanas, y de tal modo se distrajo y de tal manera se le olvidó por dónde iba, que fué á tropezar con un aguador que llevaba dos cubos de agua, uno de los cuales se le cayó al chocar con nuestro caballero.  
 —¡Maldito imbécil! exclamó el aguador. ¡Toma! para que aprendas á mirar por donde vas.  
 Y al pronunciar estas palabras, vació el aguador sobre Chaudoreille el cubo que le quedaba lleno. El caballero, al verse inundado de aquella manera, sacó en su furor á Orlanda, y se dirigió hácia el aguador; pero este, sin asustarse por la tremenda tizona de nuestro gascon, cogió en cada mano un cubo y se puso á la defensiva, al mismo tiempo que murmuraba:  
 —Ven aquí si te atreves, pergamino, tu espadon no me asusta.

les ofrecerá paseos agradables y podrán disfrutar de todas las delicias de campo. Le prometieron á Margarita darle una habitacion que estuviera á cubierto de las malas artes de las brujas y de los hechiceros, y le prometieron tambien contarle en las largas noches de invierno algunas horripilantes historias de las que tanto le gustaba oír.  
 Al mismo tiempo que hablaban, se miraban nuestros dos amantes con ternura, estableciéndose entre sus dos corazones esa dulce inteligencia, que es uno de los mayores encantos del amor.  
 Pero el tiempo pasa con rapidez, dieron las nueve, y Urbano tiene que marcharse, pues es la hora que ha fijado el barbero para que se retire nuestro jóven, y es preciso obedecer sus órdenes para que él cumpla su promesa.  
 —¡Tener que partir ya! dijo Urbano.  
 —¿Cómo lo siento! exclamó Blanca dejando escapar un largo suspiro.  
 —Mañana os volvereis á ver, dijo Margarita, y un dia llegará en que no os separareis nunca. Pero decidme, Sr. Dorgueville, ¿habeis empezado ya á dar los pasos necesarios para vuestro matrimonio?  
 —¡Oh, Dios mio! dijo Urbano, he estado hoy tan aturdido, que no he pensado más que en la felicidad de volver á ver esta noche á Blanca, y no he hecho nada todavía.  
 —Si haceis todo lo mismo, dijo la vieja criada, vuestro matrimonio no se hará nunca...  
 —¡Oh! desde mañana voy á empezar á dar los pasos necesarios... ¡Se me hace tan duro el abandonar á Blanca!... pero no he visto á M. Touquet esta noche... ¿os parece que vaya á saludarle?  
 —No, es inútil, mi amo no es como todos los demas, y no le gustan los cumplidos, hoy me ha dicho lo siguiente:  
 —Ese jóven vendrá á las siete y le conducireis á la habitacion de Blanca, allí estareis con ellos, y á las nueve se irá.  
 Cuando yo quiera hablarle, yo le buscaré, pero mientras, es inútil que nos veamos.  
 —¡Qué hombre tan singular!... dijo Urbano. ¡Sin embargo, debo bendecirle, porque á él le debo mi felicidad despues de haber yo sospechado que guardaba para si este tesoro que ocultaba á todo el mundo!...  
 —¡Para él! exclamó Blanca ¡oh!... ¡Dios mio!... ¿seria posible?...  
 —Perdonadme, querida Blanca... el amor vuelve celoso... ahora veo que fui injusto...

—Pues eso acredita el valor de esas clases; el peligro mayor para ellas es no votar; pues bien: llegado el día del peligro se quedan en casa con la mayor heroicidad.

—Tiene V. razón; los revolucionarios no tienen mejores auxiliares que las clases conservadoras; estas se lo dan todo hecho.

—Nada, no me convence V., D. Benito, de que respecto de *La Internacional* no es eficaz el sistema preventivo.

—Miré V., D. Macario, yo soy progresista.

—Ya se conoce.

—Y á mí, en diciendo Ruiz Zorrilla una cosa, ya no hay que preguntarme mi opinión.

—Es decir que V. no tiene opinión propia.

—Sí, señor, me apropio la de Ruiz Zorrilla.

—Pues mire V., yo creo que vale más evitar que tener que remediar. Si V. ve, por ejemplo, que tiene V. encima de la mesa un vaso que va á caer y romperse, según todas las probabilidades, ¿qué hace V.?

—¡Hombre! ponerlo más adentro y en sitio seguro.

—Pues entonces no es V. progresista; según el sistema radical, debe V. dejar que se caiga, y cuando se caiga procurar cogerlo en el aire para que no se rompa, y si se rompe comprar otro, con lo cual se remedia el daño.

—Esa es ya una exageración.

—No, señor, es una comparación exacta; el gobierno no quiere impedir que los que se proponen destruir la sociedad y la familia hagan su propaganda, pero si un día esos señoritos prenden fuego á las casas particulares y á los edificios públicos, entonces si que saldrá contra ellos, y procurará apagar el fuego, lo que podrá ó no podrá conseguir, pero en todo caso no habrá evitado el desastre.

—Casi tiene V. razón.

—No señor, la tengo sin casi; por eso no soy ya progresista, porque este partido, entregado á los llamados cimbros, adopta el sistema de lo absurdo, y con este sistema no se puede hacer nada bueno.

—¿Qué hay de política, D. Manuel?

—Nada, hombre; cuando están cerradas las Cortes no hay nada.

—¿Y qué hace el gobierno?...

—El gobierno estudia la manera de asegurarse, cosa imposible, á la verdad; vivirá hasta que se vuelvan á abrir las Cortes, pero entonces caerán sobre él como lobos todos los descontentos.

—Y de economías, ¿qué hay?

—Hombre, hay que confesar que se hacen algunas, pero siempre serán menos de las que se han prometido; ya lo verá V. Por mucha voluntad que de hacerlas tenga un gobierno, siempre tropieza con obstáculos insuperables; todo el mundo pide *economías*, pero nadie quiere que le alcancen; de modo que es imposible hacerlas.

—Mire V., los gobiernos son muy malos, pero los gobernados...

—Son tales para cuales, créalo V. Aquí faltan hace mucho tiempo dos virtudes cívicas, sin las cuales no puede vivir bien un pueblo: abnegación y patriotismo.

—Puede que tenga V. razón.

—Y sobran egoísmo, ambición, poca aprensión y holgazanería, de todo lo cual tienen la culpa los políticos de todos los partidos, y me quedo corto.

### CARTAS DEL GRAN MUNDO.

San Sebastian 8 Agosto 1871.

Mi querida marquesita: Como *Asmodeo*, el hermosísimo revistero de *La Epoca*, no está por aquí, estamos todas las señoras aburridas; que no es para menos esto de que no se dé al mundo cuenta de nuestros hechos, piropéndonos como sabe hacerlo ese diablillo familiar nuestro, que está en todos nuestros secretos y que tan bien pone la pluma para describir nuestras gracias, nuestros tocados y nuestras aventurillas.

Yo voy á ver si puedo reemplazarle escribiéndote estas cartas, que te ruego dispongas se publiquen en un periódico elegante, *comm'il faut*, y no vayas, como eres tan excéntrica y aturdida, á enviarlas á *EL CASCABEL*, por que si no las publica un periódico grave y formal, tendría un gran disgusto toda la colonia aristocrática reunida en la capital de Guipúzcoa, en obediencia de los mandatos de la moda, nuestra amada soberana.

Aquí, hija mía, está lo mejor de Madrid; en la *Zurriola* y en el *boulevard* nos encontramos todas las tardes las más distinguidas damas de la corte, y aunque no somos modistas, ni sabemos dar una puntada, nos cortamos

unos vestidos que dá gusto. ¿Qué ha de hacer una más que murmurar?...

La condesa del Viento se nos presentó el otro día con el pelo de un color que pasa de castaño oscuro; ya veo tu asombro al leer esta noticia, pero hija, en nuestro gran mundo, prodigios de estos se ven todos los días; bien sabes que la condesa tenía lo que se llama pelo de Júdas, es decir, un pelo encarnado, rojo, crespo, rebelde, endemoniado; un pelo, en fin, como de Júdas; pues, hija, ahora lo tiene castaño, como te digo, por señas de 1.000 reales que le ha costado que se lo tiñan; lo sé de buena tinta porque su mismo marido nos lo contó la otra noche con la mayor reserva á un monton de señoras en el concierto de la *Cursaal*.

Es mucho lo que ha adelantado, querida marquesita, el arte del retoque, revoque, restauración, esmalte y composición de las señoras, y á este propósito nos han contado cosas maravillosas, que yo ignoraba hasta ahora. Hámme dicho, por ejemplo, que el precioso color sonrosado de la viuda del marques de las Centellas es sencillamente un esmalte que en Paris le hicieron por 30.000 rs. La pobre, dicen que sufre horribles dolores de cabeza á consecuencia del esmalte, en cuya composición entran sustancias metálicas que ejercen en la piel y en los nervios considerable estrago, pero, eso sí, el rostro de la marquesa, que ya tiene los cuarenta ó le anda muy cerca, parece el de una incauta y modesta joven de diez y ocho á veinte. Tan perfectamente esmaltada está que nadie hubiera descubierto la superchería á no haber caído enferma la pobre, que al mismo tiempo que ha recobrado la tersura, blancura, finura y hermosura del cutis, ha perdido la salud; cayó enferma, como digo, y hubo que llamar á un médico, el cual no pudo menos de notar en ella un fenómeno que le pareció singularísimo, el de que, á pesar de la gravedad del estado general, y de una dieta de algunos días, la marquesa tenía la carita tan bonita y tan sonrosada como si estuviera más sana que una manzana. Contó el médico, lleno de buena fe y sin sospechar la verdad, el caso á otros profesores, y así se ha descubierto el secreto. Ahora el pobre esculapio, todo lleno de confusión, lamenta su ignorancia y su imprudencia, que le ha hecho perder una casa donde se le pagaba espléndidamente.

Por mi parte, no he dudado en referirte este incidente, áun arrojando la iras de la protagonista, porque acaso así contribuya á evitar que alguna otra sea

—Sí, sí, dijo Margarita, pero arreglar vuestros papeles y casaos pronto con mi querida Blanca.

Nuestro joven bachiller se alejó por fin, pero las miradas de Blanca le siguieron largo tiempo para que no pudiera dudar de su felicidad. Urbano poseía por completo el corazón de la hermosa joven, la cual no trataba de ocultar la simpatía que le inspiraba nuestro joven. Al otro día empezó á dar los pasos necesarios para su matrimonio; también quería vender los pocos muebles que poseía, porque necesitaba dinero para el viaje y Touquet no parecía muy inclinado á la generosidad. Pero un amante que ve próximo el momento de unirse con la que ama se cree siempre bastante rico, aparte de que Blanca, criada lejos del ruido del mundo ignora lo que es la coquetería, y será por lo tanto económica y modesta, cualidades que valen por lo regular más que una buena dote.

Por la noche se dirigió nuestro joven á casa del barbero, pero esta vez había desaparecido el embarazo de la vispera, y se abandonaban sin reserva á la felicidad que experimentan dos amantes al volverse á ver. Los instantes que se encuentran juntos pasan siempre con la misma rapidez; pero en las despedidas se consuelan pensando en que está próximo el día en que se verán reunidos para siempre. Durante la cuarta noche que Urbano pasaba con Blanca y Margarita, se abrió la puerta y penetró el barbero en la habitación.

En seguida hizo á Urbano un pequeño saludo con la cabeza, y le dijo con el laconismo que le era habitual:

—¿Habeis dado los pasos necesarios para vuestro matrimonio?

—Sí, señor, dijo Urbano levantándose y dirigiéndose hácia Touquet; pero como sabreis sin duda, los empleados no participan de nuestra impaciencia. Sin embargo, dentro de diez días lo más tendré corrientes todos mis papeles. Además ya he visto al sacerdote que nos ha de unir, y tengo hechos todos mis preparativos de viaje.

—Está bien.

Y el barbero después de pronunciar estas palabras, salió de la habitación dejando á nuestros jóvenes un tanto sorprendidos con su extraña conducta. Sin embargo, en el fondo de su corazón les alegraba el poder entregarse al placer de amarse sin tener otro testigo que Margarita, que alguna que otra vez se dormía, mientras que nuestros dos jóvenes se estrechaban las manos silenciosamente.

El tiempo pasa con espantosa rapidez cuando es uno dichoso; así es, que los días les parecían á nuestros enamorados extremadamente largos, mientras que las noches se les hacían terriblemente cortas.

Mientras más se veían, más profundas raíces echaba el amor en aquellos dos corazones, que parecían formados para adorarse eternamente, y ya nuestros enamorados no creían que fuera posible la existencia del uno sin el otro.

Pero el día de su felicidad se les aproxima; Urbano dá prisa al comerciante á quien le tiene encargadas varias cosas para su hermosa futura.

El sacerdote está ya prevenido, y ya sólo faltan cinco días para que se juren eterna fe ante el altar, y abandonen la gran ciudad para ir á disfrutar de una tranquila vida lejos del ruido del mundo... Esto es por la menos lo que el presente les hace esperar para el porvenir. Chaudoreille, á quien no se le ha olvidado la promesa del barbero, ha ido ya tres veces á ver á su amigo deseando tener en su poder la recompensa prometida.

—¿Se ha efectuado ya el matrimonio? le dice Chaudoreille.

—Todavía no, le responde Touquet.

Entonces se aleja nuestro caballero murmurando:

—¿Qué calma tienen!... ¡y yo necesito dinero!... ¡Diablo!... en doce días me atreva yo á casarme con veinte mujeres!...

### CAPÍTULO XIX.

#### Una aventura de Chaudoreille.

Chaudoreille, que no tenía todavía las dos monedas de oro que le había ofrecido el barbero, bajaba una mañana aburrido y sin un cuarto por la calle de los Petits-Carreaux de vuelta de la feria de Saint-Germain, adonde no había encontrado á nadie dispuesto á recibir una lección de bolos, y se dirigía á la feria de Saint-Laurent, en donde esperaba ser más afortunado.

Según su costumbre, marchaba nuestro caballero con la cabeza erguida mirando á todos lados con cierta importancia, con la mano izquierda en la cadera y acariciándose el bigote con la derecha. Cerca ya de los *boulevards* sintió que le tiraban de la capa, escapósele á nuestro caballero un movimiento de temor, pero volvió un poco la cabeza, y se encontró con una

victima del esmalte. Parece imposible, amiga mía, que la vanidad femenil sea capaz de semejantes excesos. Recurrir á tales extremos, cuando la belleza se va apagando; querer contrariar y torcer las leyes de la naturaleza; someterse á llevar una careta repugnante, con la vana esperanza de parecer jóven y hermosa, cuando ya no se puede ser lo uno ni lo otro, y sacrificar á esta pueril satisfaccion—si la mentira puede ser una satisfaccion,—la salud y la vida, es una verdadera monstruosidad, ¿no te parece lo mismo?... La verdad es que las mujeres ganariamos mucho en salud y en belleza si no tuviéramos en el tocador más que un buen jarro de agua clara, y abandonásemos por completo las composiciones químicas que los perfumistas de París inventan, contando con nuestra vanidad y nuestra rebeldía á las leyes invariables de la naturaleza.

Y lo que más asombra es que no tengan fortaleza suficiente para lanzar de sí tan ridícula y perjudicial vanidad, señoras que tienen la dicha de ser madres amantísimas y honradas esposas; lo más lógico sería que solamente mujeres aventureras y de equívocas circunstancias fuesen las que acudieran á semejantes recursos.

Muchas reflexiones podria hacer sobre este punto, pero hago de ellas caso omiso por hoy.

Ya te acuerdas de la baronesa del Pico de Tenerife, aquella que tiene aquellas narices, que daría ella cualquier cosa por no llevarlas en la cara, que se casó hace un año con el baron, hombre de buen estómago, pero más tronado que una rata; el otro día marido y mujer han tenido una tremenda pelea, y todo el mundo dice que ella le pegó á él, porque él se presentó en el café de la Marina con un ojo hinchado y algunos arañazos en la cara. La causa parece que ha sido cierta pobre chica, muy guapa, eso sí, que vino en el tren de recreo del domingo, y que parece que encontrando al baron en el Circo, le increpó fuertemente, llamándole mal caballero y otros excesos. El baron la quiso contentar y la escribió al día siguiente, y la modista, que esa es la profesion de la inexperta jóven, le escribió á su vez una carta, que cayó en las manos de la intrépida baronesa.

Tambien se habla mucho del rompimiento de la boda del primogénito del duque de la Trastienda y la sobrina de la marquesa del Trapo. Yasabes que esta es una mujer muy rígida y severa, y que sufrió mucho con su marido por la aficion de éste á tirar de la oreja á Jorge. Pues bien: ha sabido que el presunto marido de su sobrina frecuentaba la ruleta, y le advirtió y amonestó varias veces. El otro día pasaban tia y sobrina, de vuelta del baño, por una de las nuevas calles de la poblacion, á tiempo que salia el novio de una casa, con unos billetes del Banco frances en la mano.

—Usted viene de jugar, dijo la tia severamente.  
—No, señora; juro á V. que no.  
—En esa casa de donde sale V., hay ruleta.  
—No, señora; puede V. enterarse.

La suspicaz y recelosa anciana levantó los ojos; miró la fachada de la casa, y vió una muestra en el cuarto principal, que decía: *¡Préstamos!*

En seguida adivinó toda la verdad; el imprudente jóven no venia de jugar; pero sí de pedir á préstamo dinero por haber perdido la noche ántes hasta la última peseta y para tratar de la revancha. La tia ha sido inflexible, y la sobrina, aunque enamorada de su novio, ha roto con éste, cediendo ante la amenaza de su tia de ceder su fortuna á un establecimiento de beneficencia si se hacía la boda. Hoy salen tia y sobrina para Madrid, y desde allí tomarán nuevo rumbo, que no ha podido descubrir el desairado novio. ¿Se curará éste de su aficion á la ruleta? Lo dudo, hija mía, porque los hombres tienen menos fuerza de voluntad que nosotras para corregirse de los defectos.

Hija, esta carta se ha hecho ya muy larga, y no te he dicho ni la mitad de lo que tenía que decirte.

Mi marido, amiga mía, tan pobre hombre como siempre; todo el día se lo pasa buscando con quien hablar de política; mi hermana, la casada con Pancracio Tormenta, se ha hecho ya nueve vestidos nuevos en doce días; es la mujer feliz; no piensa más que en componerse; á pesar de que los negocios de Pancracio van muy mal, y deben muchos miles de duros. Se me olvidaba decirte que vi el otro día en el baño á la condesa del Caramillo, que tiene en Madrid fama de buena moza, y que va tan entallada y esbelta; pues, hija, todo será postizo, todo... ¡cuando te digo que todo!... porque con el traje de baño parece propiamente un palo. He de averiguar quién es la modista que la viste, porque te auguro que debe ser esta mujer de extremada habilidad.

Adios, marquesita; cuidado con aquel pollo que se ha

quedado en Madrid; no te fies de pollos. Escíbeme, cuéntame cómo os aburrís en ese Madrid de nuestros pecados, y recibe un abrazo y mil besos de tu amiga

LA DE PAJARETE.

## ¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)  
ORIGINAL DE...

(Continuacion.)

VI.

SE SABE ALGO DE TRINIDAD.

Molido ya por el continuo traqueteo del coche, mareado con la conversacion del comunero y excitado mi interes en descubrir á la del grito, me apeé de la diligencia.

Detras bajó Manuel.

—¿Sabe V. que es una delicia ir en compañía de ese hablador sempiterno? me dijo, despues de pedirme un cigarro.

—Y mayor delicia hacer el viaje en diligencia, un vehículo que ya debería estar en los museos de antigüedades.

—¡Y qué polvo!...

—Calle V., hombre, que con el que llevo tragado ya se podría arar en mi estómago. Lo mejor es que hago este viaje sólo por capricho, por descubrir un enredo, una mujer á quien no encuentro.

—¿Alguna aventura?...

—Lo ignoro. No tengo más datos que una carta, que le voy á V. á enseñar, porque me es V. muy simpático desde la primera vez que le vi.

—¿Me conoce V.?

—De vista, hasta ahora, que la casualidad hace que nos hablemos.

—¿Y dónde me ha visto V.?

—Una noche en el Real. V. estaba en el paraiso mirando con mucho interes á un palco bajo, donde habia una jóven muy linda.

—¡Ah! sí. Por ella hago yo este viaje.

—¿Está V. enamorado?

—Tal vez, pero enseñeme V. esa carta porque ya acaban de enganchar.

Nos aproximamos al farol de la diligencia, y Manuel, despues de enterarse del contenido de la carta, me dijo sonriéndose:

—¿Tiene V. algun interes directo en saber quién es esa Trinidad?

—¿Cómo! ¿V. lo sabe?

—Quizá, pero contésteme V.

—Pues bien, deseo saberlo porque precisamente en esto estriba el enredo de una novelita que estoy escribiendo.

—Entonces no puedo decírselo á V.

—¿Por qué razon?

—Porque si yo se lo revelo, en seguida se enterarán los lectores y se acabaría la novela.

—Pero puede V., sin embargo, sacarme de dudas en algunos puntos.

—Veremos. Pregunte V.

—¿Va Trinidad con nosotros?

—Creo que sí.

—¿Es la señora de ese caballero que va junto á V.?

—No, señor.

—Pero ¿está en el mismo coche?

—No lo aseguraria.

—¿V. conoce á ese Luis á quien se dirige la carta?

—Mucho; es mi mejor amigo.

—¿Y á Trinidad?

—Un poco.

—¿Es jóven?

—Sí.

—¿Es casada?

—No.

—¿Podrá V. enseñármela en la Granja?

—Tal vez, pero creo que V. la conocerá sin que yo se lo diga.

—¿Y si no la encuentro?

—Entonces prometo á V. decirle quién es.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

Y subimos al coche.

VII.

EL RESTO DEL CAMINO.

—Dórmete, filio meo, que viene el coco... etc.  
(El Niño. Zarzuela en un acto.)  
¡Que haya un cadáver más que importa al mundo!  
(Espronceda.)

Cuando volví á ocupar mi asiento, el niño de Patricio gritaba como un condenado. El angelito tenía sueño y le

parecia incómoda la postura en que lo llevaba la niña.  
—Quiere echarse á lo largo, como si *estase* en casa, decía Felipa, que hasta este momento no habia abierto la boca más que para asustarse de ir en compañía del comunero.

—Pues que se aguante, porque yo no he de llevar la cama colgada de la oreja, replicó Patricio.

—Estos *velicudos* son tan poco *especiosos*... que no *quepe* la criatura.

—Dale un bizcocho y que se calle.

Efectivamente, el bizcocho produjo buen resultado.

—¿Trini... seguia pensando yo... debe ir al lado del comunero!

Manuel dice que no puede asegurarme si va en este mismo coche; pero eso lo ha hecho por no confesarlo claramente. Es necesario salir de dudas.

—¿Incomoda á Vds. el humo? pregunté á mis compañeros, resuelto á descubrir el misterio á la luz de un fósforo.

—No, señor, contestó Felipa.

La otra mujer ó mujeres, que debian ir en el coche, guardaron silencio.

—Rischiasssss... hizo el fósforo.

El interior quedó iluminado por un momento. Miré al fondo del carruaje y vi una mujer con un pañuelo en la cabeza, que casi le cubria la cara, pero no tanto que no pudiera observar algunos rasgos de su fisonomía.

Me pareció una mujer de treinta y ocho á cuarenta años, bastante fea.

No puede ser *Trini* este espantajo, me dije.

Más allá habia un bulto voluminoso que no tenia forma humana.

Cuando traté de enterarme mejor se apagó la cerilla.

—¿Quiere V. hacer el favor de decirme, y V. perdone la curiosidad, á quién ha llamado V. *Trini* hace un instante? pregunté á mi *adlatere* el comunero. ¿Es acaso la señora que está al lado de V.?

—No, señor. Esta mujer es mi esposa. Buena persona, sólo que tiene muchos antojos. Está en meses mayores.

—Bien, pero lo que yo deseo saber...

—¿Quién es *Trini*? Pues nada más fácil. Trini es uno de los séres á quien más quiero, un recuerdo de mi mujer.

—¿Algun hijo?...

—Como si lo fuera. Va allí en aquel rincón.

—Pero ¿quién es?

—Una perra, caballero, una perrita que es una alhaja.

—Gracias.

Ya comprenderán mis lectores cómo me quedaria yo al recibir este segundo desengaño. Realmente era ya muy grande mi desgracia. Correr tras una mujer misteriosa, pensar haberla encontrado dos veces seguidas y ser la primera una *señora* que dispara bala rasa contra la lengua castellana y la segunda ¡una perra!

Manuel, que se habia enterado del chasco, soltó la carcajada.

—Si V. fuera más franco conmigo, le dije, todo esto se hubiera evitado.

—Ya le advertí á V. que no le aseguraba que fuese Trinidad en esta misma diligencia.

—Es decir ¿que no piensa V. decirme quién es?

—Por ahora no. No tenga V. impaciencia.

—Pero, hombre, añadí dirigiéndome al dueño de la perra, al diablo se le ocurre llamar *Trini* á un animal.

—Fué un capricho de mi parienta, caballero. Se llamaba Trinidad la única niña que tuvimos, y *Trini* ha llamado siempre á la perrita mi mujer, acordándose de nuestra hija, que murió de la dentición.

—¿Qué profanacion!

(Se continuará.)

## CASCABELES

Tendremos sociedad de escritores.

Esta vez va de veras, y en Octubre, que ya habrán vuelto los ausentes, se formará la asociacion, y de los escritores depende que ésta prospere y nos sea á todos útil.

Vamos á ver si acabamos por conocer y cuidar nuestros intereses.



En San Sebastian hay mucha gente de todas las clases de la sociedad, desde la encopetada dama estucada por lo fino y el empingorotado ministro pasado y futuro, hasta la ribeteadora del sotabanco y el maestro carpintero de obras de afuera.

Allí está todo el mundo.

Por haber, hay hasta algunos acreditados rateros, procedentes de la corte, que han ido á tomar bañõs y lo que buenamente puedan extraer de los bolsillos ajenos.

Al fin, despues de tantas veces como hemos preguntado por dos paquetes de pliegos de *Los Niños* que salieron de Madrid para Barcelona el 29 de Mayo, y todavia no han llegado, hemos podido averiguar algo.

Hemos averiguado que no se sabe qué ha sido de dichos dos paquetes, y que si no han llegado á Barcelona habrán ido á otra parte. Tambien hemos averiguado que la pérdida de esos paquetes nos proporciona la de unos 600 rs., por la parte más corta.

Con que ya saben Vds. la triste historia.

Son muchos los maestros de escuela que, á pesar de las promesas hechas, no han recibido paga alguna de las que se les deben.

Señor Ruiz Zorrilla, que no se diga.

La primera obligacion de las muchas que tiene V. E. contraidas, es la de pagar á los maestros.

Con que á ello, aunque haya que dejar de pagar á los ministros, pongo por caso.

Mariano Fernandez está haciendo las delicias del público de San Sebastian en el nuevo teatro del Circo. En el mismo trabajan con gran aplauso las señoras Hijosa y Valverde y los Sres. Morales y Benetti.

En el otro teatro son tambien muy aplaudidos la señora Dardalla y el Sr. Zamora.

Parece que ahora que se trata, segun dicen, de hacer verdaderas y radicales economias, es cuando es mayor el número de solicitudes de empleos y recomendaciones que se dirige á los ministros.

Lo he dicho mil veces: la empleomania es en todo tiempo la epidemia reinante en España.

Queriendo ser todos los ciudadanos empleados y sacar pellizco del presupuesto, no puede haber aquí nunca ni gobierno, ni riqueza, ni artes, ni nada más que miseria y lujõ, es decir, dos miserias.

¿Conque el día del alzamiento, glorioso (ya se me olvidaba lo de glorioso) en 1868, uno de los patriotas que entraron en el ministerio de la Gobernacion, pegó, en su ardor patriótico, ocho bayonetazos al retrato de Maiquez, creyendo que era el de algun Borbon?

Ello fué una barbaridad, pero el patriotismo se manifiesta así en ocasiones tan solemnes; y luego haber creido que el cómico Maiquez era un pícaro Borbon, disculpa—¿qué digo disculpa!—justifica semejante acto, muy patriótico y glorioso, pero poco artístico.

Si el Sr. Martos fuera ministro de Estado, le suplicaríamos que diera una gran cruz á tan excelente patriota, para que fuera excelentísimo.

Quiere el periódico ministerial *La Constitucion* que concluya de una vez en España la *ineptitud afortunada*.

Yo estoy conforme con el colega; pero si sus deseos se cumplieran, ¿de qué diablos iban á vivir cimbros y radicales?

En las elecciones municipales de Paris han sido elegidos varios *personajes* (!) rojos, á quienes todo el mundo acusa de complicidad con la *Commune*.

Así, así, *citoyens*, así os va á ir grandemente.

Me parece á mí que la fiesta del petróleo no se ha concluido aún en Paris, es decir, en el cerebro de Europa, como decia el gran Victor Hugo empuñeñecido.

Señor Ruiz Zorrilla, V. E. se ha comprometido á acabar con los *puntos negros*, y ya tarda Vuecelencia en cumplir su promesa.

Todos los días debe V. E. publicar en la *Gaceta* la extincion de unos cuantos, hasta que no quede uno.

Y no le faltarán aplausos á V. E. Pero eso, pronto, pronto, porque ya la gente empieza á murmurar que tantas promesas halagüeñas sólo son jarabe de pico.

Ha indicado un periódico ministerial que en la Granja hay conspiracion contra el actual gobierno.

En la Granja y en todas partes, amigo; mientras haya tan gran número de politiquillos de todos los partidos, siempre habrá conspiracion contra el gobierno, sea el que fuere.

Por lo demas, eso no debe extrañar á los mandones

de hoy, porque tampoco ellos han hecho otra cosa en toda su vida.

La politica está reducida á lo siguiente en España:

Un partido que come mientras los demas no comen; estos, es claro, tienen que conspirar contra aquel hasta que el más afortunado le derriba; y en seguida el partido que acaba de comer y ya no come, se pone al lado de los que no han podido asaltar el poder, y á conspirar otra vez.

Y así se va pasando la vida, sin más novedad que unos tiritos de cuando en cuando.

Los franceses dicen que dentro de cinco años ya habrán recobrado la Alsacia y la Lorena, y dado una zorra mayúscula á los alemanes.

¡Qué palos les dimos ellos á nosotros!

Dicen que las casas de juego son eficazmente perseguidas.

Ello será verdad, pero maldito si se conoce.

Nosotros pasamos de noche por las calles principales, y vemos ciertas habitaciones completamente iluminadas y con los balcones abiertos, que dejan llegar á nuestros oidos el ruido del dinero que pasa de las manos del banquero á las de los puntos ó de las de éstos á las del banquero, que es lo más frecuente.

En fin, por lo visto, en Madrid todo el mundo sabe dónde están las casas de juego ménos la autoridad.

Hay personas que, habiendo estudiado poco ó nada, se creen muy capaces de tomar parte en el gobierno ó administracion del país, aceptando los empleos superiores más difíciles y comprometidos.

—Cuando yo sea ministro, suelen decir, estudiaré todas las cuestiones en bien poco tiempo.

El conde de Rochester decia á uno de sus amigos:

—¿No me creéis capaz de comprender en un mes una cuestion de interes público, cualquiera que sea?

—No dudo de ello, milord, le respondió su interlocutor; pero creo que la comprenderiais mejor en dos meses, y mejor en un año.

#### VERDADES DE TOMO Y LOMO.

—¿Quién es fuerte? El que domina sus pasiones. ¿Quién es rico? El que está contento con lo que tiene.

—Más vale ser perseguido que perseguir.

—La casa cerrada al pobre, se abre al médico y al boticario.

—La vida pasa como una sombra, dice la Escritura. Es la sombra del pájaro que vuela; pasa, y no queda ni sombra ni pájaro.

—El que tiene mucha sabiduria y pocas buenas obras, es como el árbol que tiene mucha rama y pocas raices: un golpe de aire lo derriba; el que tiene más buenas obras que saber, se parece al árbol de profundas raices, que no cede al impulso de los vientos.

—No sucumbir á la pereza y no tener amigos que sean aduladores, son dos bienes que el hombre debe desear.

—La paciencia es más difícil que el valor; la resignacion más meritoria que el sacrificio.

#### SOLUCION DEL LOGOGRIFO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Me ha dado mil desazones tu acertijo revesado, mas con él al fin he dado: dime si es *preocupaciones*.

Una *jóven honesta* (1).

#### CHARADITA.

La primera es necesaria lo mismo al rey que al villano, lo mismo al malo que al bueno, y al hereje como al santo; la segunda en ti la encuentras y en mí yo nunca la hallo; cuarta y tercia en las tahonas encontrarás y en el Banco; tercera y primera es cosa que suelen hacer osados los jugadores de empuje que quieren sacar los cuartos, y, segun dicen en Francia, la hacen tambien los prusianos; el todo es pais muy bueno que, siendo como es muy sano, he visto en él muchas veces muchos caballeros malos.

(1) Por muchos años, señorita.

## ANUNCIOS

### LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y ha comenzado la publicacion del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnifico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tres tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

### PÓLIZAS SE COMPRAN.

Porvenir de las familias, Tutelar, y señalamiento de las mismas, Caja U. de Capitales, C. de la Nacional, Crédito Comercial, Peninsulares, y otros valores. Montera, 32, tabaquería. (13)

#### COMPANÍA

de los Caminos de hierro del Norte.

### TEMPORADA DE BAÑOS.

Trenes especiales de recreo de Madrid á Vitoria, Zumárraga y San Sebastian.

BILLETES DE IDA Y VUELTA

á precios sumamente reducidos, valederos por un mes. Trayecto en 24 horas.

DESDE LAS ESTACIONES SIGUIENTES A SAN SEBASTIAN Y VUELTA, CON FACULTAD DE DETENERSE A LA IDA EN VITORIA Y ZUMARRAGA.	PRECIOS DE IDA Y VUELTA.	
	2.ª clase.	3.ª clase.
MADRID .....	160 rs.	120 rs.
AVILA .....	150	100
MEDINA .....	140	90
VALLADOLID .....	130	80
PALENCIA .....	130	80
BURGOS .....	90	60
VITORIA .....	60	56

IDA.—Los miércoles y sábados de cada semana, hasta el 9 de Setiembre inclusive.

VUELTA.—Los juéves y domingos de cada semana hasta el 31 de Agosto inclusive, y despues los juéves sólo hasta el 3 de Octubre inclusive.

HORAS DE SALIDA.—Primero: de Madrid á las doce de la tarde los miércoles y sábados.—Segundo: de San Sebastian á las once y cincuenta minutos de la mañana.

#### SALES MARINAS DEL CANTABRICO

ó BAÑOS NATURALES DE MAR EN CASA.

Conocidas ventajosamente por el público y los médicos, extraídas de las aguas de alta mar y garantizadas por el farmacéutico Yarto Monzon, San Vicente de la Barquera (Santander). Se dan *algas* é instruccion detallada. Paquetes de un kilo para un baño 10 rs. en casa del autor y en su único depósito central en Madrid, Ruda, 14, botica de F. Izquierdo. No confundirlas con artificiales ni imitaciones análogas.

#### LA CASA J. SOREL Y COMPANÍA, DE LONDRES,

89 y 109 High Street Borough,

ofrece á los negociantes y á los productores de España la colocacion ventajosa y rápida de todo producto ó mercancia, comision moderada y adelanto de fondos.

FARMACIA GENERAL ESPAÑOLA

DE

#### FERNANDEZ IZQUIERDO.

MADRID: CALLE DE LA RUDA, NÚM. 14.

(Junto á la plazuela de la Cebada ó de Riego.)

CUARTANAS, TERCIANAS, INTERMITENTES, curadas con seguridad completa con las pildoras febrífugas infalibles de Fernandez, quien devolviera los 24 rs. que cuesta la caja de 81 pildoras que se toman en nueve días, si no curasen, aunque se moje el paciente, trabaje ó haga excesos. Hay medias cajas á 12 rs.

ACEITES DE HIGADO DE BACALAO ASTURIANO, extraido y garantizado por el farmacéutico de Cudillero, (costa de Asturias) D. N. Gonzalez Saenz, de los higados frescos del género gadus, moreno claro, insipido, inodoro y de gran aceptacion entre los médicos de Madrid y de provincias, por sus maravillosos resultados, á 30 rs. frasco de 500 gramos ó sean 17 onzas y media, y 16 rs. medio frasco. El yodo-ferruginoso, 40 rs. frasco, y 22 reales medio. El de lija (gata marina) 24 rs. frasco, y 13 rs. medio.

ZARZAPARRILLA UNIVERSAL, ó elixir de la salud y de la vida. El específico depurativo sin igual para toda clase de irritaciones y para destruir todos los vicios de la sangre, enfermedades de la piel, etc. Despeja la cabeza y extingue su dolor; regulariza el curso de la sangre que fluidifica y promueve el sudor. Frasco 5 pesetas

SALES MARINAS DEL CANTABRICO, obtenidas por evaporacion espontánea de las aguas de la alta mar en San Vicente de la Barquera, por el farmacéutico Yarto Monzon, conocidas por sus buenos efectos, y diferenciándose completamente de las artificiales. Paquete de un kilogramo, (un baño) 10 rs.

PILDORAS fortificantes para las enfermedades urinarias, y para reanimar las fuerzas debilitadas por exceso ó por vejez. Caja 30 rs. Hay ademas el árnica balsámica, y multitud de especialidades.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4, (BARRIO DE RECOLETOS.)